

TODOS SOMOS SIMULADORES

Sandra Aguilera Arriaga*

Uno de los componentes principales de la calidad de la educación es, sin duda alguna, la evaluación. La evaluación educativa concebida como un proceso complejo por medio del cual se pueden reorientar, mejorar o perfeccionar todas aquellas actividades que se relacionan con el aprendizaje, la enseñanza y el modo de operar los programas, estrategias y acciones del sector educativo.

La evaluación educativa en nuestro país ha estado muy olvidada. Es muy joven aún. A raíz de las últimas reformas en la educación, y de acuerdo a la reformulación de propósitos educativos y transformación de los enfoques de enseñanza, planteados en 1992, ha cobrado mayor relevancia.

Lo anterior no significa que no existan, antes de ese tiempo trabajos, estudios e investigaciones que han aportado datos, conocimientos y propuestas para la reorientación de las políticas educativas, la búsqueda de estrategias más adecuadas a los contextos y a las necesidades de los alumnos, el planteamiento de esquemas flexibles de educación para grupos vulnerables y para el mejoramiento en los niveles de calidad de los aprendizajes. De igual manera, muchos de ellos también han servido de base para transformar los enfoques mencionados, focalizar y reconocer los problemas prioritarios, clarificar las funciones y objetivos de la SEP y de la estructura educativa en su conjunto.

Así, la evaluación ha llegado a concebirse, a últimas fechas, como indispensable. Pero el que algunos sectores del ámbito educativo y de la sociedad estén de acuerdo en otorgarle una importancia mayor, dados los resultados en educación, no significa que acepten someterse a diversos procesos de evaluación. Este es otro asunto. Y es otro problema grave.

La cultura de la evaluación, por desgracia, no puede nacer por decreto. No puede crearse a través de la firma del Compromiso Social, ni con la fundación del Instituto Nacional de Evaluación Educativa. Tenemos que construirla.

Y en ese sentido, el de por sí complejo camino evaluatorio, se torna más enredado aún. Ahí todos solemos decir: "mejor empezamos por aquellos", "¿te imaginas si soltamos esta información?", "usemos los datos para chingarlos", "lo que pasa es que todo esto se está politizando", "¡Qué bárbaros! no es posible que los maestros ya no sean como en nuestros tiempos".

La cultura de la evaluación, en primer lugar, tiene que empuñar sus armas más poderosas en contra de la cultura de la simulación. Ese gran vicio al que somos adictos. Y no me refiero sólo a lo que tiene que ver con la estructura educativa. También lo debemos pensar como padres de familia, como partidos políticos, como organización de empresarios, como medios de comunicación y como sociedad en general.

El tomar el tema educativo como discurso político o como justificante para lograr metas personales o de grupo sin realizar estrategias precisas y bien definidas de colaboración, es simulación. Aquí y en donde ustedes quieran. Porque la experiencia no muestra que pueden ocurrir las cosas más aberrantes, se pueden tomar las decisiones más erráticas, se pueden prometer las cosas más fantásticas en el ámbito educativo y se antepone el

temor, la negociación, la indiferencia, el hartazgo y el compromiso político a cualquier otro empeño de transformación y mejora continua.

Lo que subyace a esta cultura es la idea de simular para evitar el conflicto y vivir en armonía. Nada más contrario a la esencia del ser humano que la armonía. Tal vez se trate de otra cosa. Quizá se esté más cerca de la corrupción. O de la mediocridad y de la uniformidad. De la intolerancia. O de la falta de solidaridad. O de libertad para expresar lo que sabemos, lo que pensamos, en lo que disentimos y lo que proponemos.

Por ello, y en segundo lugar, para poder iniciar la construcción de una cultura de la evaluación, es urgente e indispensable empezar por nosotros mismos. Analizar nuestra participación en la escuela, la responsabilidad individual y colectiva en los resultados de aprendizaje de los estudiantes de nuestro sistema educativo. No es un asunto exclusivo del gobierno ni de la Secretaría de Educación Pública. Nos involucra a todos.

Tenemos, además, que ser garantes del cumplimiento de la responsabilidad pública de la educación en Puebla y en el país, asumir que nuestras acciones pueden ser juzgadas y analizadas por otros. Asimismo, emitir juicios basados en información confiable para tratar de solucionar problemas y evitar, hasta donde se pueda, la descalificación.

En estos asuntos, desde luego, no hay recetas que puedan ser aplicadas de manera mecánica pero, también, con ese cuento es que evitamos a toda costa que otros emitan una opinión sobre nosotros. Mejor descalificamos. Al que osa hacerlo, si está fuera de nuestro círculo de acción o en caso de que algún subordinado nos haga ver que mejor deberíamos dedicarnos a otra cosa, a ese desleal que patea el pesebre no sólo hay que descalificarlo sino despedirlo o marginarlo si no podemos despedirlo porque está sindicalizado.

Por último, lo cierto es que la situación actual de la educación en México y del estado, así como la condición ética, económica y política de la sociedad y el desastre de nuestro medio ambiente nos obligan a repensar nuestras actuaciones cotidianas y los modos de relación entre países. Esas condiciones nos llevan a aceptar que se han cometido errores que atentan contra la humanidad. De ahí que la educación se conciba, de manera general y en su acepción más amplia, como un medio para mejorar nuestra calidad de vida. Entonces, tenemos que empezar por aceptar que la evaluación es un medio que nos ayudará a reorientar y a transformar ese estado de cosas. El reconocimiento de los errores puede ser el gran paso.

*Puebla, Pue.

Miembro del Consejo Directivo y de la Asamblea General de OCE.

sanagui2001@yahoo.com.mx

sandyaguilera43@hotmail.com